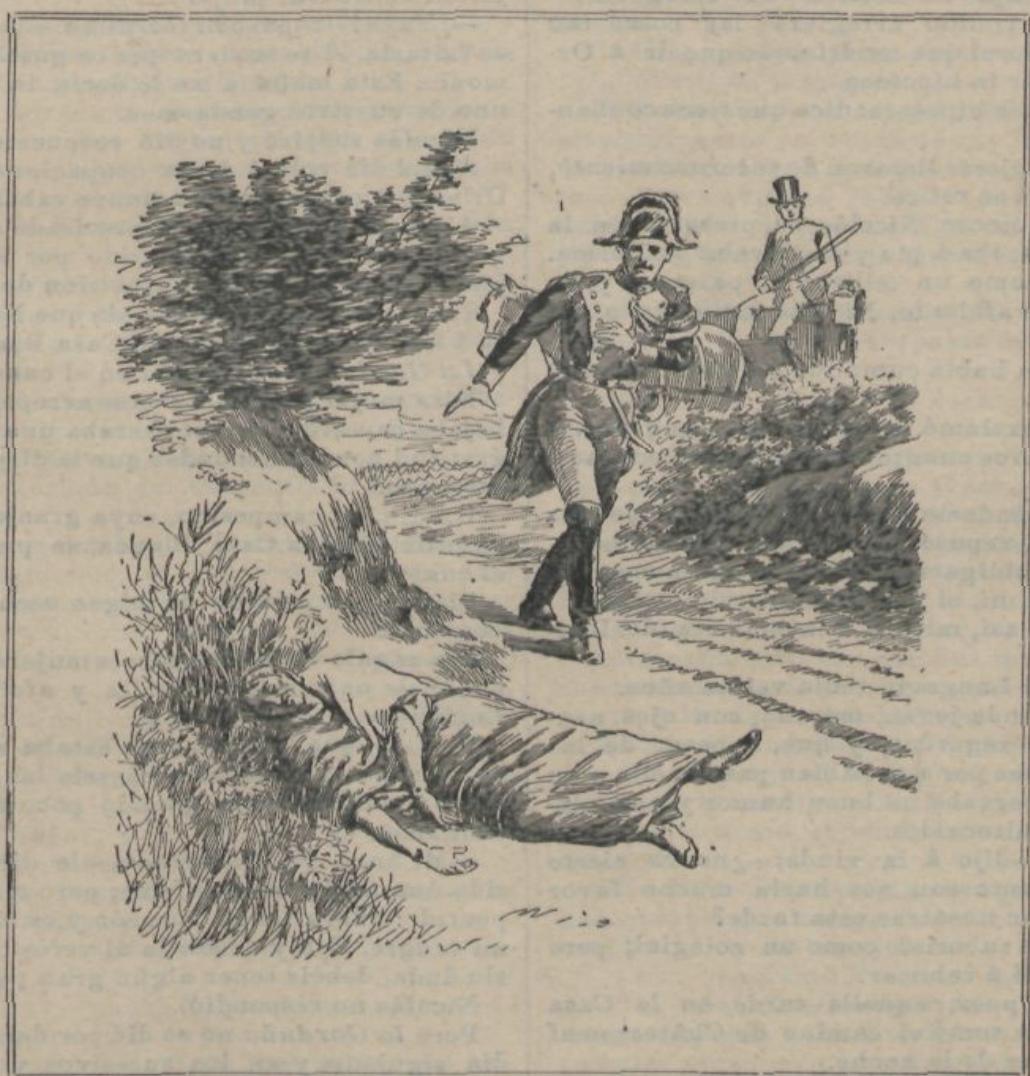


EL MUNDO DE LAS AVVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.ª SERIE ↔ BARCELONA, diciembre de 1895 ↔ NÚMERO 64



LA MUJER PARECÍA DORMIR, PERO, EN REALIDAD, SE HABÍA DESMAYADO (Pág. 504)

MEMORIAS DE UN GENDARME

POR
PONSON DU TERRAIL

(Conclusión)

Pero el alguacil se sonrió con benevolencia y dijo:

—Nada temáis, señora: vuestro asunto está arreglado.

La joven juntó las manos.

—¿Habéis encontrado el dinero? —preguntó.

—El sargento es quien lo ha encontrado.

—¿En qué casa? —dijo la viuda.

—En la suya, —repuso Venard. —Ya estoy pagado. Quería darme la obligación para que os la trajese; pero me he negado á encargarme de ello, para que tenga el placer de entregárosla él mismo.

—Pero, —dijo la señora de Langevin, —¿cómo han podido arreglarse las cosas tan pronto? Yo creí que tendríamos que ir á Orleans á hacer la hipoteca.

—No quiere hipoteca: dice que tiene confianza en vos.

Las dos mujeres lloraron de enternecimiento, y el alguacil se retiró.

Al día siguiente, Nicolás se presentó en la Casa Blanca; iba á pie y no llevaba uniforme.

Vestido como un militar de paisano, y recientemente afeitado, Nicolás tenía buen aspecto.

A la sazón había cumplido los treinta y ocho años.

—¡Ah! —exclamó la señora de Langevin. —¿Cómo pagaros cuanto habéis hecho por nosotras!

—Permitiéndome que venga á veros de vez en cuando, —repuso Nicolás, colocando discretamente la obligación sobre la chimenea, —y acudiendo á mí, si volvéis á necesitar algo.

Al hablar así, miraba á la señorita de Langevin.

Enriqueta Langevin tenía veinte años.

Era una linda joven, morena, con ojos azules, un poco regordeta y que, á pesar de las rudas pruebas por que habían pasado ella y su madre, conservaba un buen humor y una alegría casi inalterables.

—Mamá, —dijo á la viuda; —¿no es cierto que el Sr. Sautereau nos haría mucho favor comiendo con nosotras esta tarde?

Nicolás se ruborizó como un colegial; pero no se atrevió á rehusar.

Quedóse, pues, aquella tarde en la Casa Blanca, y no tomó el camino de Châteauneuf hasta las diez de la noche.

Las noches se suceden y no se parecen.

En aquélla no llovía: el tiempo estaba sereno; brillaba la luna en el cielo, y el viento era suave.

Nicolás partió preocupado, con el corazón conmovido, menos por la triste situación de

las dos mujeres, que por la tranquila y serena belleza de Enriqueta.

—¡Ah! —se decía. —El hombre que se case con ella será muy feliz. ¡Tiene el aire tan dulce y tan bueno!

La Garduña le esperaba junto al hogar, y de nuevo le dió las gracias por cuanto había hecho por ella.

—Sois bueno como Dios, —le dijo, —y Él os recompensará.

Nicolás se acostó preocupado, y no durmió. Los primeros rayos del sol le sorprendieron despierto y pensando en Enriqueta.

—¡Qué lástima que, en vez de ser un pobre soldado, no sea un propietario de estos alrededores! —se decía. —Tal vez entonces se casaría conmigo...

La Garduña entró en su cuarto para recibir órdenes, y le dijo, como si hubiese adivinado sus pensamientos:

—¿No pensáis en casaros, Sr. Sautereau?

Nicolás se estremeció.

—Ya pienso en ello, —repuso. —Pero ¡es tan difícil encontrar mujer!

—¡Vaya! —repuso *la Garduña*. —Creo que no os faltaría, si se supiera que os gusta el matrimonio. Esta mañana me lo decía la mujer de uno de vuestros gendarmes.

Nicolás suspiró y no dió respuesta alguna.

Aquel día volvió á sus ocupaciones, y fué á Orleans á procurarse un nuevo caballo.

Al día siguiente se vió precisado á ir á Jargeau, y al otro fué requerido por el juez de paz para asistir á una imposición de sellos.

Transcurrió una semana sin que Nicolás fuese á ver á las señoras de la Casa Blanca.

La Garduña continuaba en el cuartel.

Esta mujer parecía haberse arrepentido; trabajaba con ardor y manifestaba una profunda gratitud por las bondades que le dispensaba el sargento.

Un día, un campesino, cuya granja se hallaba próxima á la Casa Blanca, se presentó en el cuartel.

Llevaba un cestillo de higos secos para el sargento.

Era regalo de las dos pobres mujeres y acompañaba una carta, sencilla y afectuosa, de Enriqueta.

Nicolás, que hacía tiempo estaba melancólico, se conmovió hasta saltársele las lágrimas.

La Garduña había ganado poco á poco su confianza.

—Mi buen Sr. Sautereau, —le dijo; —yo he sido una mujer muy infame; pero me he arrepentido: ahora tengo corazón y os daría toda mi sangre. Estoy desolada al veros tan triste: sin duda, debéis tener algún gran pesar...

Nicolás no respondió.

Pero *la Garduña* no se dió por derrotada: al día siguiente y en los sucesivos volvió á la carga, y Nicolás acabó por confesarle que estaba enamorado de Enriqueta Langevin.

—Pues bien, —dijo *la Garduña*, —casaos con ella.

—No me querrá, —repuso Nicolás. —Está educada como una señorita.

—Y vos ¿no sois casi un caballero?—dijo *la Garduña*.

Nicolás suspiró de nuevo y se calló.

Pero al día siguiente escribió á la señora de Langevin para darle las gracias por su regalo, y encargó de llevar la carta á *la Garduña*.

Esta la tomó y partió á la Casa Blanca.

A la vez que caminaba, la viuda de Santiago Leloup, la querida de Juan *el Conejo*, la infame criatura que había envenenado á los perros del desgraciado señor de Jalouzet, *la Garduña*, en fin, se decía:

—¡Ah! ¡Estás enamorado! ¡Ah! ¡Me has dado hospitalidad y has creído que olvidaría que, sin ti, no se hubiera cogido nunca á mi pobre *Conejo*, que ha muerto guillotinado! Pues bien: yo haré que te acuerdes de ello. ¡Una mujer como yo no perdona jamás!

LVIII

La Garduña tenía á la sazón cuarenta y cinco años.

El régimen de la cárcel, los sufrimientos y las privaciones habían destruido la rústica belleza que tuvo en otro tiempo.

Sólo su mirada había conservado su audacia y su cinismo. Sus negros cabellos se habían vuelto grises, y su enflaquecido rostro estaba surcado por profundas arrugas.

Llegó á la Casa Blanca á la hora del crepúsculo.

Llevaba un cestillo bajo el brazo y las manos en los bolsillos del delantal.

La señora y la señorita de Langevin estaban en su casa.

La madre preparaba la cena, y la hija trabajaba en su ingrata tarea de costura.

La Garduña entró diciendo:

—Soy la criada del sargento de gendarmes Sautereau.

Al oír este nombre, el rostro de las dos mujeres se esclareció, y *la Garduña*, que había adquirido en la cárcel la costumbre de observar á las gentes, creyó advertir que Enriqueta enrojecía mientras leía la carta del sargento Nicolás.

La señora de Langevin hizo sentar á *la Garduña* y le ofreció un vaso de vino.

La Garduña aprovechó el descanso para sacar los pies de los zuecos y calentarlos á la llama del hogar, á la vez que metía en éstos un poco de ceniza caliente.

Luego se puso á charlar é hizo un gran elogio de su nuevo amo.

De vez en cuando, Enriqueta se ponía colorada.

—¡Bueno! —pensó *la Garduña*. —¡Le ama! Así irá mejor.

Cuando salió de la Casa Blanca, la luna brillaba en el firmamento.

Con su perspicacia ordinaria, que le había valido el nombre extraño de *Garduña*, lo examinó todo al salir.

La casa no tenía más que bajos y primer piso; había una cuadra, en la que se hallaba la modesta provisión de leña de las pobres

mujeres, y sobre la leña algunos haces de ramas de árboles.

La Garduña recibió el encargo de dar mil expresiones al sargento, de parte de la señora y de la señorita de Langevin.

Estas la acompañaron algún trecho, hasta el recodo del camino.

Luego las dos mujeres volvieron á su casa, pues eran cerca de la diez, y *la Garduña* pareció continuar su camino hacia Châteauneuf.

Pero á los cien pasos se detuvo y sentóse en un montón de piedras, á la orilla del camino.

Desde aquel sitio veía la Casa Blanca y la lámpara de Enriqueta, que continuaba encendida.

Sin duda, la joven había vuelto al trabajo, mientras su madre se acostaba.

Y *la Garduña* se puso á murmurar entre dientes:

—¡La pequeña quiere al hermoso sargento! ¡Y á fe que harían una linda pareja!

Allí permaneció más de una hora, preocupada, y meditando, sin duda, alguna tenebrosa acción.

La lámpara de la joven continuaba ardiendo.

La Garduña prosiguió:

—¡Qué bestia es el sargento! Reúne mil quinientos francos en veinte años y los presta con un simple recibo á dos mujeres que no tienen más bienes que esa casa, la cual tal vez ni siquiera estará asegurada. Con un poco de paja y dos cerillas se podría hacer arder eso como una pavesa.

Al formular esta reflexión, *la Garduña* oyó resonar en el camino los pasos de varios caballos.

Luego, á la claridad de la luna, distinguió los sables y los tricornios de los gendarmes.

—¡Calle! —pensó. —Debe ocurrir algo nuevo, pues yo he dejado en casa al sargento.

Y *la Garduña* volvió á ponerse en camino, saliendo al encuentro á los gendarmes.

Eran, en efecto, Nicolás Sautereau y dos números del puesto.

¿A dónde iban?

Acompañábalos un hombre montado en un robusto caballo de labranza, que apenas podía seguir á los de los gendarmes.

Nicolás distinguió á *la Garduña*.

—¡Vaya! —dijo al llegar junto á ella. —No os habéis dado mucha prisa, Margarita.

Margarita era el verdadero nombre de *la Garduña*.

—Es que, —repuso ésta, — aquellas señoras han querido que me quedase á cenar, y hemos estado charlando un rato de vos.

—¡Ah! —exclamó Nicolás, estremeciéndose.

—Sí, —añadió *la Garduña* con aire malicioso; —hemos estado hablando de vos. Son unas excelentes personas y os quieren de veras.

Después preguntó:

—Pero ¿qué vais á hacer todos, á estas horas?

—Mi buena Margarita, el gendarme no se pertenece. A la hora en que cree que podrá acostarse, se ve obligado á montar á caballo.

—¿Ha ocurrido alguna desgracia?

—Sí,—repuso Nicolás.—Se ha cometido un crimen á dos leguas de aquí. Un hombre borracho ha mal herido ó matado á un mozo de labranza, y vamos á prenderle. Este buen hombre nos ha venido á buscar para ello.

Y señaló al aldeano montado en el caballo de labor.

—Ah! Mi buen amo,—dijo *la Garduña*, que tomó un tono triste y asustado,—cuidad de que no os ocurra alguna desgracia.

—El deber es antes que todo,—replicó Nicolás.—Buenas noches, Margarita: volved al cuartel. Tal vez estaremos de vuelta esta misma noche.

Y puso su caballo al galope para reunirse á los demás gendarmes, que habían continuado trotando un buen trecho, mientras él hablaba con su criada.

La Garduña dió cien pasos más en dirección á Châteauneuf.

Luego se detuvo de nuevo, y por segunda vez se sentó en un montón de piedras.

Los gendarmes habían desaparecido; pero la Casa Blanca se divisaba todavía á lo lejos, iluminada por los rayos de la luna, que bajaba en el horizonte y no tardaría en desaparecer.

La lámpara se había apagado.

Entonces *la Garduña* retrocedió, volviendo la espalda al pueblo de Châteauneuf, cuyo campanario, que se miraba en las amarillentas aguas del Loira, distinguía ya.

—Desgracia he de tener,—murmuraba á la vez que marchaba,—si no doy el golpe esta noche. Pero ¿dónde encontrar fuego?

Al formularse esta pregunta, creyó ver, á la izquierda del camino, en las viñas, una ligera humareda que subía hacia el azul del cielo, entonces de una pureza perfecta.

La Garduña estaba demasiado habituada á vivir en el campo para no saber en seguida á qué atenerse.

La humareda procedía de una hoguera encendida entre las viñas y una parte del bosque recientemente podada.

La Garduña abandonó el camino y se lanzó resueltamente á través de las viñas.

La luna desaparecía en aquel momento detrás de las mesetas donde comienza la Solognia, del otro lado del Loira, y la noche, clara y luminosa hasta entonces, se ensombreció de repente.

La Garduña empleó más de un cuarto de hora en llegar á las hogueras, pues había unas seis, encendidas unas junto á otras.

Los cultivadores encargados de la poda, que eran quienes habían encendido el fuego, habían vuelto á sus casas, los unos á una granja próxima, los otros á Châteauneuf.

La Garduña se apoderó de una rama á medio consumir; luego continuó su carrera, tropezando en todas las asperezas del suelo, cayendo á veces en los charcos de agua, resultado de las últimas lluvias, pero levantándose y prosiguiendo su marcha con salvaje agilidad.

Si la Casa Blanca no hubiera justificado su nombre por sus paredes blanqueadas con cal,

tal vez *la Garduña* hubiera perdido más tiempo.

Pero los blancos muros se destacaban con vigor del lindero de viñas, y la guiaban; de suerte que saltó sobre el camino á veinte pasos de la casa y blandiendo la inflamada rama.

El camino estaba desierto, la Casa Blanca silenciosa, y la lámpara de Enriqueta se había extinguido hacia largo tiempo.

El país es seguro en los alrededores de Châteauneuf. La señora de Langevin y su hija vivían desde hacía muchos años en aquella casa aislada, sin que nada les hubiese ocurrido, y ni aun tenían un perro.

La Garduña se adelantó poco á poco, soplando el tizón para que no se extinguiera, y no se detuvo sino á la puerta de la pequeña cuadra que las dos mujeres habían destinado á guardar la leña.

Esta puerta no se cerraba sino por un simple pestillo, movido desde afuera por un bramante.

Tirando de éste, el pestillo se levantaba y la puerta quedaba abierta.

La Garduña se había hecho cargo de todo esto al salir de la casa, horas antes.

Penetró, pues, fácilmente en la cuadra, sin hacer ruido y conteniendo el aliento.

Hubiérasela creído una verdadera garduña entrando en un gallinero.

Luego apartó los haces de ramas y colocó el tizón encendido en medio.

Tras de lo cual huyó, murmurando:

—Creo que, de esta hecha, Juan el Conejo quedará vengado.

Echó á correr, y recorrió más de media legua sin detenerse.

Sólo entonces se detuvo por tercera vez y esperó.

Al cabo de algún tiempo, levantóse por encima de la casa un humo blanco; luego de este humo surgieron chispas y llamaradas.

—Ya está!—murmuró *la Garduña*, que reanudó tranquilamente su marcha hacia Châteauneuf.

En efecto: la Casa Blanca, el único recurso de las dos pobres mujeres, ardía, mientras éstas se hallaban entregadas al sueño.

LIX

La granja hacia la cual se dirigían apresuradamente los gendarmes llamaba la Martelière; era bastante extensa, y estaba arrendada por un labrador que ocupaba media docena de mozos y cuatro arados.

La mano de obra es cara en el Orlanés, donde á veces faltan los brazos, sobre todo en la época de la siega y de la vendimia.

Al llegar la siega última, Hurel, que así se llamaba el labrador, viéndose falto de trabajadores, había tomado á todos los que se presentaron.

Un mendigo fué á pedirle limosna el primer día de la siega.

Hurel, que era caritativo, le dió cena y al-

bergue, y al día siguiente le dijo, viendo que era joven y robusto todavía:

—¿Por qué no trabajas?

—Porque no encuentro,—repuso el mendigo. El labrador le contrató.

Terminada la siega, aquel hombre pidió quedarse allí y reemplazar al pastor que estaba enfermo.

Luego había ayudado á la vendimia, y, como era trabajador, había concluido por quedarse en la granja.

Sabía hacer un poco de todo: cavaba y araba, parecía dulce de carácter, y no era exigente en cuestión de salario.

Cuando se le preguntó su nombre, dijo que se llamaba Martín.

Lo que había decidido á Martín á quedarse en la granja no era tanto, acaso, el estado de casi absoluta desnudez en que se hallaba, como la proximidad del bosque.

Al cabo de un mes, Martín reveló su pasión de cazador furtivo.

Ponía sus trampas con tal habilidad, que al día siguiente nunca estaban vacías, y por la noche iba á matar alguna liebre al acecho.

El labrador, que también era algo aficionado, no encontraba malo esto.

Sólo á un hombre de la granja hacía sombra Martín, así como aquél se la hacía á éste.

Este hombre era un mozo de labranza llamado Raimbaud, y que también era cazador furtivo.

Raimbaud y Martín habían disputado muchas veces.

Es cierto que Raimbaud, hombre violento y de un vigor hercúleo, era siempre el que promovía las cuestiones.

Había entre ambos, como se dice, una rivalidad de oficio.

Raimbaud no sólo era mozo de labranza, sino también carretero.

El era el que conducía los géneros de la granja á los mercados vecinos.

En cada viaje visitaba todas las tabernas y volvía bebido á la granja.

Aquel día había ido á Sincé, á llevar avena.

Cuando volvió, las gentes de la granja se pusieron á cenar. Raimbaud entreabrió la blusa y arrojó sobre la mesa una enorme liebre cogida con lazo.

—Para que veáis que sé mi oficio,—dijo.—He puesto este lazo á cien metros del camino esta mañana, y aquí está lo que he cogido.

Martín miró la liebre y el lazo y dijo:

—Eso no es verdad. No has sido tú quien ha puesto ese lazo.

—Pues ¿quién ha sido? — preguntó Raimbaud en tono amenazador.

—Yo. Conozco bien el latón de que me sirvo.

Raimbaud cerró los puños, y dijo enseñándoselos.

—Pues bien: si tienes ganas de tu liebre, ven á jugarla á este juego.

Martín no se atrevió á replicar, pues Raimbaud le daba miedo.

Cenó apresuradamente y salió, sin duda para evitar nuevas discusiones.

Pero el carretero le siguió.

—¡Ah! ¡Canalla! — exclamó. — ¡Conque dices que yo quite tus lazos!

—Lo digo,—repuso Martín,— porque es verdad.

Y se dirigió hacia el granero del forraje, donde dormía.

Raimbaud fué tras él.

Y cuando ponía el pie en la escalera, le cogió con rudeza y le derribó á tierra.

Martín se levantó, cogió una piedra y la arrojó á la cabeza de su agresor, hiriéndole en la frente.

Raimbaud lanzó un grito de rabia, se armó con una azada que allí había y corrió contra Martín.

Este huyó pidiendo socorro.

Pero antes que las gentes de la granja hubieran salido, el carretero le alcanzó, y de un golpe de azada derribóle ensangrentado sobre un montón de estiércol.

—¡Socorro! ¡A mí! — gritaba Martín.

El carretero le dió dos golpes más, y Martín dejó de gritar y de moverse.

Tenía el cráneo abierto y el pecho hundido.

Las gentes de la granja llegaron tarde.

—Creo que ya tiene bastante, — dijo el carretero.

Y, arrojando la azada, fué á encerrarse en el granero, gritando:

—¡Al que se acerque, le abrasió!

En el granero tenía su escopeta, oculta bajo un haz de heno.

La tomó, asomóse á lo alto de la escalera, y repitió:

—¡Al primero que se acerque, le mato!

Teníase á aquel hombre hasta el punto de que los más osados no se atrevieron á avanzar, y el mismo labrador, que era hombre resuelto, juzgó prudente batirse en retirada.

Pero al mismo tiempo cogió su escopeta y hizo fuego sobre el granero, donde se había refugiado el asesino.

Luego mandó montar á caballo á su hijo, y lo envió á Châteauneuf á buscar á los gendarmes.

Al mismo tiempo, se transportó al desgraciado Martín á la cocina de la granja.

Todavía respiraba, mas parecía que no debía tardar en morir sino algunas horas.

El hijo del labrador se dió prisa. Fué á Châteauneuf al trote largo, y antes de dos horas estaba de vuelta con los gendarmes.

El asesino permanecía quieto en el granero; no se atrevía ni á hacer fuego ni á salir.

Luego, siempre dominado por la embriaguez, había acabado por echarse sobre la paja, diciéndose:

—No se atreverán á venir.

Durante algún tiempo había luchado con el sueño, teniendo la escopeta en la mano y pronto á disparar contra el que intentase subir.

Vencido, al fin, por el sueño pesado propio de la borrachera, se había dormido.

El ruido de los cascos de los caballos al dar contra el pavimento del patio le despertó.

Levantóse con viveza, saltó de nuevo sobre

su escopeta y corrió á una claraboya, por la cual miró.

Entonces, y á la luz de una linterna que sostenía el labrador, vió á los gendarmes que echaban pie á tierra.

—¿Dónde está el asesino?—preguntó el sargento.

—Allí,—dijo el pastorcillo;—pero tened cuidado, pues disparará contra vosotros.

—Para eso nos pagan,—dijo sencillamente Nicolás Sautereau, poniendo un pie en la escalera.

De pronto, siltó una bala.

Nicolás bajó instintivamente la cabeza.

Raimbaud era un buen tirador, cuando no estaba borracho; pero, sin duda, le temblaba la mano, pues la bala pasó por encima del tricornio del sargento.

Nicolás continuó subiendo.

—¡La escopeta es de dos cañones!—gritó el labrador.

Pero Nicolás prosiguió la ascensión, y los dos gendarmes le siguieron.

El carretero había cerrado la puerta por dentro.

—¡Abrid en nombre de la ley!—gritó Nicolás.

Pero, de pronto, se oyó una nueva detonación, y luego, en el interior, el ruido que produce la caída de un cuerpo.

Raimbaud, perdiendo la cabeza, entreviendo en lo porvenir el rojo fantasma del cadalso, acababa de hacerse justicia levantándose la tapa de los sesos con el segundo tiro de su escopeta.

Echóse la puerta abajo y se le halló muerto.

Su cerebro había salpicado por todas partes.

—Menos tarea para la justicia,—dijo el sargento.

Luego preguntó al labrador dónde se hallaba la víctima.

—En la cama de mi esposa,—repuso el labrador.

Nicolás bajó del granero, y los tres gendarmes se acercaron al lecho donde se hallaba el herido.

Nicolás separó las cortinas de la alcoba, á la vez que la mujer de Hurel acercaba el quinqué á la ensangrentada cabeza del herido.

El sargento dió un grito y retrocedió.

—¡Martinillo!—dijo.

Martinillo, pues él era, abrió los ojos, reconoció á su hermano y no se desmintió en aquella hora suprema.

Siempre había aborrecido á Nicolás.

—¡Oh!—dijo con acento de odio.—Si el carretero te hubiese matado, le habría perdonado... yo...

Luego cayó inerte sobre la almohada sin poder continuar.

—¿Conocéis á este hombre? — preguntó Hurel.

—Sí,—murmuró Nicolás, enjugándose una lágrima.

Pero no tuvo tiempo de explicarse más, pues entró uno de los mozos de la granja, gritando:

—¡Fuego! ¡Fuego!

En los campos, este siniestro grito los domina á todos, pues el espanto del incendio es superior á los demás espantos; es el drama de los dramas, junto al cual palidecen los demás.

En la granja de la Martelière había un cadáver y un hombre que iba á morir; pero olvidóse al muerto y al moribundo, y todos salieron.

Un inmenso resplandor enrojecía el horizonte.

La campana de Châteauneuf sonaba.

—¡Es la Casa Blanca que arde!—exclamó el labrador.—No hay otra en esa dirección.

—¡La Casa Blanca!—gritó Nicolás.

—Sí: la de la señora de Langevin,—repuso el labrador.

El sargento murmuró:

—Aquí, mi hermano moribundo. Allí... ¡Oh! ¡Hay para volverse loco!

Luego, lanzándose al sitio donde él y sus dos gendarmes habían atado sus monturas, dijo:

—¡A caballo! ¡A caballo!

Y, saltando sobre la silla, fué el primero en emprender el galope.

LX

Dícese que Dios envía un sueño pesado á los pobres.

Este dicho popular es bastante verdadero.

El pobre rara vez tiene serios cuidados; rara vez el insomnio le domina, y cuando se duerme, después de las fatigas del día, no le despertaría un cañonazo.

La señora de Langevin y su hija dormían, pues, profundamente cuando se declaró el incendio.

El fuego había ido tomando incremento lentamente, luego había salido en rojas llamadas por la puerta y por la ventana de la cuadra.

Las dos mujeres seguían durmiendo.

De tres cuartos de legua á la redonda, se habían distinguido ya los primeros resplandores del incendio, cuando aun dormían las dos mujeres.

La señora de Langevin fué la primera en despertarse, sofocada por el humo.

Comenzó á gritar y corrió á la puerta.

Pero la escalera estaba incendiada.

Enriqueta, que dormía en la pieza inmediata, oyó los gritos de su madre y acudió.

Ambas quisieron lanzarse á la escalera; pero, sofocadas por el humo, se vieron obligadas á retroceder.

Entonces abrieron la ventana y pidieron socorro.

Algunos carreteros fueron los primeros en llegar al lugar del siniestro.

Tras ellos acudió un labrador vecino que llevaba una escalera.

Pero la ventana, en la cual se mostraban las dos mujeres, haciendo ademanes de desesperación, era demasiado alta, y la escalera resultó muy corta.

En aquel momento llegó al galope Nicolás, seguido de los gendarmes.

Vió á las dos mujeres iluminadas por las llamas y que no podían salir de la casa.

Bajar del caballo, derribar la puerta, que ardió ya por un extremo, y precipitarse á la escalera incendiada, cada uno de cuyos peldaños se hundía bajo sus pies, fué para él obra de un instante.

Quemado horriblemente y medio asfixiado, llegó al primer piso.

Las dos mujeres, muertas de terror, lanza-

Apoderóse de las ropas del lecho, las arrojó sobre Enriqueta, envolviéndola por completo, y luego, cogiéndola en brazos, á su vez, se lanzó á la escalera con la rapidez del relámpago.

Al llegar al último peldaño, la escalera se hundió; pero el sargento tocaba al suelo y conseguía salir de la casa.

Tenía quemados los cabellos y la barba; pero, gracias á la ropa de la cama, la señorita de Langevin no había sido lastimada por las llamas.



Cogiéndola en brazos, se lanzó á la escalera con la rapidez del relámpago

ron, al verle, un grito de alegría y de esperanza supremas.

—¡Ah! ¡Salvadnos! ¡Salvadnos!—gritaron. Nicolás cogió á Enriqueta en sus brazos.

—No,—dijo ésta.—¡Salvad á mi madre!

El sargento corrió á la ventana.

—¡La escalera!—gritó.—¡Poned la escalera! Esta era muy corta, como él mismo sabía; pero uno de los gendarmes le comprendió.

La escalera fué apoyada contra la pared, y, mientras que los carreteros la sujetaban sólidamente, el gendarme subió hasta el último escalón.

Entonces Nicolás cogió en brazos á la señora de Langevin, se sujetó con una mano del cancel de la ventana, y con la otra, como un acróbata de circo que se inclina sobre la silla y recoge un palo de la pista sin tocar al suelo, tendió su fardo al gendarme, que lo recibió, apresurándose á bajar y á colocar en el suelo á la pobre mujer, desmayada.

Nicolás volvió á la habitación que comenzaban á invadir ya las llamas.

En aquel momento, llegaban á paso gimnástico los bomberos de Châteauneuf.

Pero era ya tarde para salvar la casa.

Al amanecer, la morada de las pobres mujeres no era más que un montón de humeantes escombros, y las desgraciadas se encontraban sin asilo, sin ropa y sin pan.

Y cuando se entregaban á la desesperación, Nicolás les dijo:

—Mi hermana Marieta es una labrador acomodada del otro lado del Loira, en el Val. Venid: ella os dará asilo como si fueseis su madre y su hermana,

LXI

Transcurrieron tres meses.

La señora de Langevin, minada ya por los disgustos desde hacía largos años, había experimentado tan viva emoción desde la fatal noche del incendio de su casa, que sucumbió algunas semanas después, exhalando el último suspiro en brazos de su llorosa hija y entre las

gentes de la granja de Marieta, donde había recibido asilo.

Enriqueta, pues, quedó huérfana.

La Garduña, detenida y convicta del crimen de incendio, esperaba la hora de su sentencia.

Martinillo, transportado al hospital de Jarreau, había muerto á las cuarenta y ocho horas.

En cuanto á Nicolás, siempre que podía iba á casa de su hermana. Marieta le quería mucho, y Nicolás le profesaba inmenso cariño.

habéis hecho por mi madre y por mi hermana.

Nicolás balbuceó algunas palabras ininteligibles. El doctor continuó:

—Mi hermana es pobre, y yo no tengo más que mi modesta paga de médico militar. Nunca hubiéramos podido, pues, pagaros, sin una circunstancia verdaderamente providencial.

Nicolás le miró con sorpresa.

—Vos amáis á mi hermana, y mi hermana os ama,—dijo sencillamente el joven.—¿Queréis ser mi cuñado?



Enriqueta tendió la mano á Nicolás

Sin embargo, á la sazón no era ella sola la que atraía al sargento. Nicolás amaba á Enriqueta; pero no se atrevía á decírselo. Pensaba que era una señorita de condición muy superior á la suya.

Entretanto, al invierno sucedió la primavera, y ésta es la estación por excelencia de los que sienten la necesidad de amar.

Una tarde, al ponerse el sol, el sargento llegó á la granja, muy melancólico y pensativo.

Sorprendióse al ver en el umbral de la puerta un joven con uniforme, que le llamó por su nombre.

El joven, en quien era fácil reconocer un ayudante de cirujano del ejército francés, tendió la mano á Nicolás y le dijo:

—Soy el doctor Langevin y sé todo cuánto

El sargento se estremeció, y su corazón latió violentamente.

En aquel momento, Marieta salió de la granja, dando el brazo á Enriqueta.

Esta tendió la mano á Nicolás, y éste dobló la rodilla ante ella.

—De esto hace quince años,—me dijo la señora de Sautereau, cuando el antiguo sargento terminó su relato,—y durante quince años yo me repito cada día que soy la más feliz de las mujeres. Un pariente lejano nos ha dejado una modesta herencia; mi hermano es cirujano mayor, y á veces me parece que mi pobre madre se halla entre nosotros. ¡Hasta tal punto rodeamos su memoria de veneración y de respeto!